

Después del ultraísmo, el fin del mundo

DANIELE CORSI Y JORGE MOJARRO

La historia literaria española no registra un caso comparable en injusticia al del ultraísmo: el de un grupo de jóvenes cultos e idealistas que, en la segunda década del siglo xx, pusieron en la renovación de la literatura toda su fe y su gloria literaria. Los poetas ultraístas abrieron con arrojo y algunas dosis de ingenuidad los surcos por donde desde entonces y muy inmediatamente transitaría la poesía moderna en España. Un grupo heterogéneo de autores que —exponiéndose al escarnio y al ridículo, como tantos españoles que trataron importar ideas nuevas desde el extranjero— fue relegado al trastero de la literatura, al cajón de las anécdotas curiosas, sin ni siquiera esa consoladora pátina de glamour que adorna a tantos marginales y fracasados.

En los años noventa, un manual de literatura de bachillerato, obra de Lázaro Carreter, esquinaba en un recuadro con letra muy pequeña el capítulo ultraísta de la literatura, que se despachaba con seis o siete breves líneas y la mención de las inevitables *Hélices* (1923) de Guillermo de Torre, libro prácticamente inencontrable entonces, y que, al escribir estas líneas, cruza el umbral de su centenario. Los

editores de este volumen están convencidos, y aquí se muestran numerosas evidencias, de que las creaciones literarias vanguardistas de la mayoría de los autores que, de manera militante o tangencial, llegaron a formar parte del movimiento ultraísta merecen una atención y una valoración muy opuestas a las que tradicionalmente ha venido recibiendo en la historia literaria, si bien reconocen y celebran que la crítica literaria se haya aproximado, con ojos más desprejuiciados, prismáticos y porveniristas, a los poetas del ultraísmo, sobre todo en las últimas dos décadas.

Se publica precisamente este volumen, en el que participan varios de los estudiosos que han contribuido con sus pesquisas y hallazgos a derrumbar aquel muro de prejuicios y malentendidos, veinte años después de un propicio paseo de madrugada en el puente de Triana —nuestro viaducto sevillano—. A veces uno no advierte, al proponer despreocupadamente ideas, si estas caen en terreno fértil. Buscando un desorientado italiano un tema para su tesis de licenciatura, el español le recomendó sin titubear la traducción al italiano del poemario de Guillermo de Torre, que había sido publicado facsimiladamente en el año 2000 por el profesor José María Barrera López. La llama vanguardióloga ha permanecido viva desde entonces y halla en este ramillete de investigaciones, a cien años de la publicación de las dehiscencias poemáticas y velívolas de Torre, una primera y feliz concreción en equipo.

En 1988, la brevísima monografía del profesor José Luis Bernal llevaba adosada un título ciertamente revelador: *El ultraísmo: ¿historia de un fracaso?* Los integrantes de la vanguardia literaria española debieron superar, como era de esperar, incomprendiones de sus contemporáneos, aunque estas eran galardones que todo artista iconoclasta de entreguerras debía ostentar con orgullo. También debieron hacer frente a numerosas riñas, envidias y disensiones internas, como han puesto al descubierto la gran monografía de Andrew A. Anderson, *El momento ultraísta* (2017), y las múltiples recuperaciones epistolares de Carlos García. Tuvieron extraordinarias dificultades económicas para llevar adelante sus revistas, medio de difusión privilegiado entonces, y aun así lograron dar cierta continuidad a algunas publicaciones verdaderamente memorables. Pero si cometieron algún error, este fue fundamen-

talmente de estrategia, asunto del que fueron plenamente conscientes los artistas y escritores de las vanguardias europeas para darse a conocer. Los poetas ultraístas, adheridos a una ambición eminentemente literaria y limitados por la indefinición de aquel improvisado primer manifiesto —redactado por su primer desertor—, trataron de ofrecer la quintaesencia sintética y *renovatriz* de las vanguardias europeas, pero, comparativamente, sin aprovisionar para su aventura estética en dosis suficientes las dimensiones vital, ideológica y artística —esto es, su expansión a otras artes—. Pues si de lo que se trataba era de ocupar el centro del sistema literario, había una serie de esenciales cuestiones extraliterarias que debían abordarse: aquella producción estrictamente literaria, por muy rompedora que se creyese, no bastaba. En este sentido, la ulterior y archicommentada antología de Gerardo Diego, ultraísta renegado y creacionista satelital —véanse, si no, sus cartas a Huidobro—, fue una jugada maestra para certificar la existencia de una nueva generación de poetas, abrirse un espacio en el canon literario y asegurarse algunas décadas de reconocimiento. Pasados los años de empuje y constatada la consumación del intento, la dispersión posterior y el deliberado olvido por parte de algunos de sus más activos protagonistas no favoreció en absoluto el mejor conocimiento de este intenso y esclarecedor capítulo de la historia literaria española.

A pesar de las faltas señaladas, que en ningún momento atañen a la calidad de la producción poética de los ultraístas, si hubo algún fracaso, este debe atribuirse más bien a la crítica literaria que durante décadas cayó en el señuelo tendido por algunos miembros de la generación del 27. Como es bien conocido, debió ser una investigadora argentina, Gloria Videla, circunstancialmente impelida por la recepción del Ultra en Buenos Aires, quien llevó a cabo el primer trabajo de rastreo y puesta en valor. En este sentido, la generosa recepción del ultraísmo en Perú o México evidencia la pasada miopía crítica. Por otra parte, el paso del modernismo a la generación del 27, aparentemente resuelto con la inclusión de Juan Ramón Jiménez, no explica el asunto de las veleidades experimentales de Lorca, Cernuda o Aleixandre, aventuras estéticas que no pudieron haber obtenido reconocimiento alguno sin la carta de legitimidad que proporcionaron los sacrificados poetas del Ultra. Es decir, si se entiende la literatura como proceso, como

fenómeno, como experiencia estética, dentro de ese fértil continuo creador que fue la poesía de entreguerras, los poetas del ultraísmo aparecen no solo como la bisagra necesaria hacia la modernidad poética, sino como los primeros líricos que en España llevaron la poesía de vanguardia a altas cotas, practicando un experimentalismo que no se reducía a una mera manifestación de iconoclastia, sino que entrañaba la asunción de nuevas funciones en la poesía, la apertura de nuevas e infinitas posibilidades en el verso, y el reconocimiento pleno de una nueva belleza: la de la urbe.

En el trabajo de reevaluación de las producciones ultraístas, están siendo muy útiles las recientes recuperaciones de algunos autores —en libros o en antologías— y las ediciones facsimilares de muchas revistas, labor por la que los estudiosos de las vanguardias ibéricas tenemos mucho que agradecer a la benemérita editorial Renacimiento. Sin desmerecer en absoluto —sería temerario hacerlo— la producción literaria de Ramón Gómez de la Serna, Rafael Cansinos Assens o Vicente Huidobro, creemos que la figura clave para entender la trayectoria de la primera vanguardia literaria hispánica es la cuarta de las apuntadas por Andrew A. Anderson en su monografía: Guillermo de Torre. Asentado en Buenos Aires y ocupado en sus amadas tareas editoriales y de crítica literaria, aquel joven inquieto demostró poseer unas antenas receptoras más atinadas que las de cualquier otro contemporáneo europeo involucrado en los movimientos de vanguardias —nadie estuvo más enterado y más al día que él—, y los editores de este volumen entienden que el perfil de esta figura sería hoy muy otro si su precocísimo y erudito *Literaturas europeas de vanguardia* (1925) hubiera sido traducido en su momento a otras lenguas europeas. Es muy de valorar en este sentido el trabajo crítico que viene realizando otro de los autores incluidos en este volumen: Pablo Rojas.

Incurriríamos en un imperdonable pecado pasatista si esta brevísima introducción llevara a cabo la tradicional y preliminar paráfrasis a cada uno de los artículos que vienen a continuación. Una vez perfilada la idea aproximada del contenido, nos consta que es la mejor manera de no seguir leyendo un libro. Lo que los editores pueden garantizar, empero, es que el volumen se ha venido configurando, desde un punto de vista temático, de un modo prismático, abarcador y multi-

direccional. En consecuencia, los estudios aquí incluidos constituyen avances sólidos y muestran simultáneamente nuevas vías de estudio. También estamos convencidos de que el futuro de los estudios en torno al ultraísmo no depende ya tanto de las indagaciones localistas, donde el valor de las aportaciones —aunque hay que ser cautelosos— inducen a pensar que no queda tanto por conocer, sino de las florescencias ibéricas e iberoamericanas que ocupan la sección IV del presente libro. Las vanguardias peninsulares en español y en catalán establecieron relaciones que merecen ulteriores miradas. Asimismo, la recepción del ultraísmo en Hispanoamérica es un capítulo largamente pendiente: la prolijidad metafórica de Maples Arce en México y de los poetas del vanguardismo indigenista en Perú son indicios de irradiaciones ultraístas transatlánticas. Nuestros próximos trabajos seguirán inevitablemente esa prometedora vía.

SIENA-MANILA, 20 DE ENERO DE 2023